

Tan lejos de Cuba y tan cerca de los Estados Unidos. Dos épocas en la *Revista Iberoamericana*

Luis Ignacio Iriarte
Universidad Nacional de Mar del Plata

Resumen

Este texto está dedicado a describir algunos aspectos dentro de la larga trayectoria de la *Revista Iberoamericana*. Su objetivo es resaltar los cambios y las continuidades que se observan en dos momentos puntuales: la etapa de los '40 y la que se desarrolla a partir de las décadas de los '60 y '70.

Palabras claves

Revista Iberoamericana – Pedro Henríquez Ureña – Emir Rodríguez Monegal – Revolución

Abstract

This text sets to describe some aspects within the long history of *Revista Iberoamericana*. Its objective is to highlight the changes and the continuity that are observed in two specific moments: the 40s and the period that begins in the 60s and 70s.

Keywords

Revista Iberoamericana – Pedro Henríquez Ureña – Emir Rodríguez Monegal – Revolution.

Las dos épocas (1939-1956 y 1956-1996)

En septiembre de 2002, la *Revista Iberoamericana* festejó la aparición de su número 200 con una antología conmemorativa que recogió los cincuenta y ocho textos más representativos de su trayectoria y de la del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Con dos notas introductorias, Mabel Moraña y Gerald Martin subrayaron la importancia de la revista en sus 63 años de existencia, y destacaron el papel que jugó y juega aún en los estudios sobre literatura latinoamericana.¹ El medio, de una influencia y una visión crítica decisivas sin duda a causa de la calidad de sus artículos, mantuvo una vida tan larga en tanto logró aclimatare a los cambios históricos, políticos e intelectuales que marcaron la América Latina del siglo XX.

Una de las contribuciones del número antológico es la propuesta de una historia de la revista, a cargo del artículo de Martin: “La *Revista* –señala– ha tenido tres épocas: la de la Universidad Nacional de México, 1938-1956 [...] la de Alfredo Roggiano, Iowa y Pittsburgh, 1956-1991” (completada por Keith McDuffie, 1991-1996) “y la de Mabel Moraña, Pittsburgh, desde 1996” (504). Aparte de los cambios de director y de institución, estas tres etapas están marcadas por perfiles nítidos en cuanto a la orientación y los intereses de la revista. Así, la primera y la última etapa se preocupan por la literatura, pero también por la identidad y el pensamiento americanos, mientras que durante la gestión de Roggiano se advierte una clara especialización literaria.

Toda lectura de una revista con una trayectoria tan extensa como ésta implica una elección en cierto modo arbitraria. En este texto me referiré únicamente a los dos primeros períodos que distingue Martin, y, dentro de ellos, describiré algunos aspectos que, aunque considero representativos,

no dejan de ser parciales. Inicialmente me centraré en la década de los '40, etapa en que la revista se preocupa por caracterizar la cultura y la literatura latinoamericanas dentro de un contexto internacional, a partir de referencias a los Estados Unidos y España. Me dedicaré al segundo período a través de uno de sus críticos representativos: Emir Rodríguez Monegal. En este caso, me interesa resaltar una de las continuidades que se advierten bajo los cambios que propone la gestión de Roggiano: con estilos críticos e intereses literarios renovados, la segunda etapa de la revista reanima la visión internacionalista de su primera época para amoldarla a las décadas de los '60 y '70.

La fundación (1939-1956)

Uno de los aspectos notables de la primera época es el tono militante con que los artículos encaran algunos de los problemas cruciales de la cultura iberoamericana. Ejemplo de esto es “Consideraciones acerca del pensamiento hispanoamericano” (1939), un artículo que Torres-Rioseco dedicó a *El hombre como método* de Humberto Palza.² El crítico saludó el libro como una obra en la que “encontrará la juventud de América inspiración y ejemplo, lección saludable de patriotismo, anunciaciones de un futuro mejor” (296). Con estas palabras, Torres-Rioseco expresa algunas de las prioridades de la revista. Más que por la literatura, ésta se interesará por el conjunto amplio de las creaciones intelectuales, en cuyo trasfondo intentará descubrir una soberanía a la que quiere contribuir a develar. Este tono militante aparece asimismo en el lema que el medio adoptó desde el número inicial, “A la fraternidad por la cultura”, y aun en los propósitos que persigue: “to advance the study of Iberoamerican Literature, and to intensify cultural relations among the peoples

of the Americas”. En otras palabras, la primera época se muestra convencida de que el estudio del pensamiento y la literatura contribuirá a la cohesión americana.

Esta convicción contrasta con los conflictos políticos que enmarcaron la fundación de la revista. Así los sintetiza Gerald Martin:

El panorama internacional no podría haber sido más sombrío. En marzo, el presidente Lázaro Cárdenas había nacionalizado el petróleo mexicano, a pesar de la política del Buen Vecino promovida por Roosevelt [...]. La Guerra Civil Española terminaría a fines de marzo de 1939 y la Segunda Guerra Mundial empezaría a comienzos de septiembre de 1939. (505)

En este cuadro de situación me interesa destacar que serán dos los países que, fuera de los que conforman la América Hispana, tendrán importancia para la revista: Estados Unidos y España. Ambos están implicados en el modo en que la primera etapa encara la identidad cultural de la región; pero el peso de Estados Unidos es evidente aun en cuanto a las relaciones institucionales. Así, siendo una revista sobre la creación intelectual latinoamericana, posee representantes norteamericanos en los Comités Editoriales y en las colaboraciones. Asimismo, la prioridad del intercambio entre las Américas cuenta con proyectos editoriales que tienen como finalidad los públicos de ambas regiones (como la colección “Clásicos de América”), y con la publicación y promoción de textos didácticos de literatura iberoamericana dedicados a lectores anglosajones.³ Otro tanto se desprende de los propósitos e invitaciones para suscripciones y asociaciones: se encuentran en español e inglés.

En contraste, la referencia a España no pareciera tan resonante. Sin embargo, un año después de aparecido el primer número, Manuel Pedro González, el primer director del IILI, envía una carta a los españoles Amado Alonso, Américo Castro, Enrique Díez-Canedo, Navarro Tomás, Federico de Onís y Pedro Salinas, solicitándoles colaboraciones sobre literatura iberoamericana. La respuesta de Américo Castro es notable. En una apretada síntesis, el catedrático repasa la psicología de ambas Américas, indica la excelente voluntad de la anglosajona para acercarse a sus vecinos del Sur y no olvida enfatizar los errores en que incurren los que niegan la herencia española, actitud afortunadamente superada según su veredicto.

Aparte de que sitúa las referencias cruciales de la primera época, la opinión de Castro permite reconstruir el marco ideológico en el que se incluye la *RI*. Es interesante constatar, por ejemplo, que Pedro Henríquez Ureña coincide en varios puntos con la publicación. Tal vez los vínculos se deban a que el crítico fue uno de los impulsores de la fundación del IILI (Martin: 505). Pero más allá de lo anecdótico, en Henríquez Ureña también hay un rescate del legado español y un vínculo con los Estados Unidos, como lo pone de manifiesto *Las corrientes literarias en la América Hispana*, una de sus contribuciones esenciales. Fruto de las conferencias que dictara por invitación de la Universidad de Harvard en 1940-1941, y publicado originalmente en inglés en 1945, el texto acompaña el anclaje norteamericano con un rescate de la raíz hispánica, muy claro en el capítulo sobre el período colonial.⁴

De este modo, Henríquez Ureña ubica las referencias cruciales para plantear en relación con ellas el problema de la identidad: la expresión de la América Hispana brota del

tronco español, y si bien esto la opone a la sajona, tal oposición debe tornarse diálogo y mutua comprensión. La *RI* entronca con este pensamiento, extendiéndolo con ejemplos y reflexiones en sus páginas. Por una parte, perfila el proyecto del crítico dominicano al subrayar el entendimiento entre las dos Américas como prioridad; por la otra, abre sus páginas a un debate, no necesariamente reconocido, sobre cómo pensar ese vínculo de mutua comprensión con los Estados Unidos.

Ejemplo destacado de esta doble propuesta es el número 21, de junio de 1946. Julio Jiménez Rueda, director por ese entonces, dedica el editorial a las muertes recientes de Antonio Caso y Henríquez Ureña. Así caracteriza al crítico dominicano: “Ese espíritu socrático sabía escuchar y sabía decir lo que era indispensable a la unidad del pensamiento de nuestras Américas. Nuestras Américas he dicho. La sajona y la ibérica” (14). Esta definición del proyecto de Henríquez Ureña se despliega, a su vez, en un debate tácito sobre cómo pensar los vínculos entre ambas regiones. Así, el número incorpora dos opiniones enfrentadas. La primera es la de López Rey, que radicaliza las palabras de Jiménez Rueda: en su reseña de *A Century of Latin American Thought* de Crawford, festeja que haya sido superada la “tesis arielista”, en alusión al rechazo de Rodó a la influencia norteamericana, superación que el propio Henríquez Ureña había propuesto a principios de siglo⁵; pero su texto está empapado de panamericanismo:

El libro de Crawford revela [...] un esfuerzo de mérito en pro de un entendimiento y acercamiento de las dos Américas, cuya diversidad intelectual es consecuencia de la cultura que significa pluralidad de pensamiento,

ya que aquélla se halla en estrecha correlación con la personalidad, y las dos Américas, si políticamente y en defensa de la democracia deben constituir un bloque, culturalmente no tienen por qué serlo, en cuanto reflejan personalidades diversas.
(108)

López Rey viene entonces a reconocer los vínculos con los Estados Unidos, para fortalecerlos en lo político sin atropellar la diversidad cultural. Contrasta con esta opinión “Perú Sur”, un artículo de Arias Larreta recogido en el mismo número. El crítico indica con vehemencia que “la transformación del Perú no puede basarse [...] sino en la cancelación de la servidumbre, el gamonalismo y el latifundio, expresiones comunes del régimen económico feudal que dejó España” (77). Cuestiona abiertamente la legitimidad del legado español; asimismo, en su texto se reconoce el influjo de Mariátegui, para quien no sólo se debe romper con la deuda colonial, sino también con el imperialismo norteamericano e inglés como condición previa para el logro de la independencia. Si explícitamente rechaza lo ibérico, cuestiona tácitamente el vínculo político que López Rey reclama con su alabanza a Roosevelt.

De este modo, el proyecto de Henríquez Ureña se traslada con cambios a la *RI*. Si, tal como lo definiera el gran crítico, la prioridad de la publicación sigue siendo la expresión hispanoamericana (a ella se referirán los artículos, estudios y reseñas), ahora el mutuo conocimiento entre ambas Américas está soldado institucionalmente y expresado en los propósitos como línea central. De acuerdo con el citado editorial de Jiménez Rueda, esto significa trazar las líneas principales para un debate sobre la identidad iberoamericana,

evitando así la formulación dogmática de soluciones. No obstante, si permite la pluralidad de opiniones, impone un criterio con el cual las posiciones en pugna no tienen el mismo vínculo. En términos generales el giro panamericanista le es ajeno a la revista⁶; pero llama la atención que la reseña de López Rey siga sin problemas una de sus prioridades, el vínculo de las Américas, mientras que el latinoamericanismo de Mariátegui que asoma en Arias Larreta contradiga esos postulados: la imputación de que los males de la región se deben a España y la idea de que el problema del Perú es económico no pueden ingresar siquiera dentro de la corrección de las tesis de Rodó y la búsqueda de un vínculo continental más definido.

En suma, en su primera etapa la publicación expone un pensamiento sobre Latinoamérica que cuenta con precedentes notables, ubicando la identidad soberana en el contexto internacional que conforman las referencias a España y los Estados Unidos. Dentro de ese marco, sostiene un tono moderado que media entre los extremos del latinoamericanismo y el panamericanismo. Pero la cauta propuesta que consigna en sus propósitos, afianzar los lazos del Continente, hace que todo pensamiento, aun el que rechaza esos lazos, venga a fortalecerlos. Opiniones como la citada de Arias Larreta serán testimonio de la disparidad ideológica, pero contribuciones al fin para que las dos Américas logren una mayor comprensión; y, más aún, funcionarán como contrapeso para que la revista no se incline hacia el panamericanismo y se mantenga, entonces, como una publicación que representa el heterogéneo pensamiento hispanoamericano.

La modernización (1956-1991)

En 1956, Roggiano asume la dirección de la *RI* y la pone a tono con los cambios del '60. Según recuerda, una de las primeras medidas “fue pedir que se estableciera un Comité Asesor, con especialistas en diversos campos de la literatura iberoamericana” (838). Con ello fortalece la revista, pues evita que su peso caiga exclusivamente sobre las espaldas del director; asimismo, le da nuevo impulso a su proyección internacional y profesionaliza los criterios de selección. Los Editoriales, espacios políticos explícitos, desaparecen. Pero a pesar de estas novedades, muy visibles si se recuerda la prédica contra la especialización de Castro o el tono militante del primer período, Roggiano todavía mantiene sin cambios el lema “A la fraternidad por la cultura”. El director lo recuerda en sus necrológicas a la muerte de alguno de los fundadores. Refleja así que el traspaso generacional renueva los estilos, pero para fortalecer los ideales a los que la revista se había consagrado desde su fundación.

Un sólido encuentro entre tradición y renovación pareciera entonces acompañar los primeros años de Roggiano. La atención que la revista dedicará a los escritores del *boom* es ilustrativa en este sentido. Con ellos ingresa la actualidad literaria; además, sus novelas hacen necesario superar el tono espiritualista para sustituirlo por herramientas críticas acordes con sus innovaciones textuales. Pero estos nuevos escritores permiten también reescribir con letras nuevas la búsqueda soberanía cultural, como se lo percibirá en el impacto que tienen internacionalmente. Así puede percibirse a partir de uno de los críticos característicos de la segunda época: Emir Rodríguez Monegal.⁷

Lector destacado del *boom*, se dedica a explicar la eclosión editorial en “Una escritura revolucionaria” (1971).

El artículo comienza triunfalmente, constatando que “las letras hispanoamericanas han pasado al primer plano de la consideración crítica”, y aclara enseguida que con esto hay que entender éxito en el escenario internacional. Luego adopta el tono de la crónica para repasar el progresivo impacto latinoamericano, que explica aquel presente auspicioso. Su texto repone entonces las referencias cruciales de la década del '40. España en primer lugar, cuya relación con América Latina se invierte. Darío es el primero que desembarca en la madre patria, llevando el oro “de la nueva lengua española” (601); en esas tierras algunos lo escuchan (Antonio Machado, Valle Inclán), pero les es indiferente a muchos otros, abrumados de provincianismo. La segunda incursión de Huidobro prepara la tercera y definitiva: la honda expansiva del *boom* llega a España, donde los principales escritores “no vacilan en reconocer el valor singular de las letras hispanoamericanas” (603). Estados Unidos y Europa no quedan atrás. Rodríguez Monegal presenta noticias sobre las traducciones al inglés, el francés y el italiano de los novelistas latinoamericanos del momento. El resultado, en suma, excede las viejas aspiraciones de la *RI*: no sólo se ha ganado España y Estados Unidos, sino también París. Bajo estos cambios se reafirma entonces el lema “A la fraternidad por la cultura”, así como permanecen los puntos cardinales donde reconocer la soberanía cultural, que ahora dan, mucho más que antes, señales contundentes.

Como ya lo anuncia el título de su trabajo sobre el *boom*, para explicar esta madurez cultural Rodríguez Monegal utiliza el concepto de “revolución”. Pero debido a que su significado se encuentra fuertemente vinculado con la liberación cubana, una de sus funciones en la revista será asignarle un nuevo sentido, desplazándolo desde el léxico político al estético. Varios intelectuales lo acompañan en esta tarea,

especialmente Severo Sarduy, quien sigue al crítico uruguayo desde *Mundo Nuevo* a la *RI*. Por su parte, Rodríguez Monegal propone el cambio semántico en el campo mismo de la revolución cubana. Así lo refleja, por ejemplo, el primer número especial dedicado al tema, *Literatura y revolución en las letras cubanas* (1975). El encargado de dirigirlo es Rodríguez Monegal, cuyo anticastrismo pareciera indicar con franqueza la posición que la revista adopta sobre la política de la Isla. En “Literatura, cine, revolución” (uno de los tres artículos con los que colabora) se dedica al examen de *Memorias del subdesarrollo* (1965) de Desnoes y su realización fílmica en 1968. Allí repasa los sucesos culturales de la Cuba post-’59, para leer la novela y el film “contra el fondo de esa poética oficial de la revolución cubana” (580). El texto sostiene que en la Isla “resulta mayor la responsabilidad de hacer un arte verdaderamente revolucionario” (591), aunque el comunismo no puede generarlo, como lo demuestran la novela de Desnoes y las correcciones ideológicas para la versión fílmica. En cambio, ese arte aparece en Carpentier, Lezama Lima, Cabrera Infante, Sarduy y Arenas.

Sin declararlo abiertamente, Rodríguez Monegal indica entonces que la verdadera revolución está fuera de la revolución. Tres de los autores son contrarios al régimen: Sarduy y Cabrera Infante están exiliados, Arenas no puede publicar en Cuba. Lezama Lima ha mantenido una actitud equívoca, y sólo Carpentier ha sido incondicional a la Revolución. Pero es justamente respecto de su figura que Rodríguez Monegal asienta un criterio. La maestría estética de Carpentier no depende del impacto de la revolución social, pues ha publicado una obra abultada antes del ’59; sus grandes innovaciones son fruto del mismo tipo de trabajo que llevan adelante los autores contrarios a Cuba o el que ponen en juego los del *boom*. En conjunto, estos escritores quie-

bran las fronteras entre poesía, narrativa y ensayo, y elaboran un mestizaje textual entre las tradiciones de los países centrales y las latinoamericanas. Pero si esta poética revolucionaria nada le debe a la revolución cubana, sí acompaña el fin de la oposición centro/periferia, la disolución de la Guerra Fría y el descrédito de los grandes sistemas ideológicos. Así, mientras “los imperios centrales [...] se ven cada vez más cercados por una marea humana de la periferia, América hispánica tiene ya una lengua y una literatura que han llegado a la madurez” (1971: 604). En suma, el crítico fractura la unidad literatura revolucionaria/revolución cubana y propone una constelación entre la revolución autónoma de la literatura y la descentralización política y social.

El desplazamiento conceptual tiene consecuencias decisivas. La primera es que hace disponible un criterio de selección autónomo y un marco de evaluación crítica que puede prescindir de toda explicitación política para espigar en el presente y trazar vínculos con el pasado, aprovechando además una palabra como “revolución”, de una resonancia particular en la Latinoamérica del período. Explica asimismo el internacionalismo y la madurez cultural que tanto habían buscado los fundadores de la *RI*. Por último, el desplazamiento de la “revolución” recupera el viejo sentido estético de los románticos alemanes: la ruptura de los códigos y la creación de reglas autónomas para el arte. Pero si bien el nuevo significado implica autonomía, el solo hecho de que se plantee en las letras cubanas y que esté marcado por una disputa en torno a Carpentier permite pensar que esta revolución literaria se asienta en una política beligerante por parte de un sector de la *RI*. Y, más concretamente, el paralelo que propone entre realidad política y literaria es un enjuiciamiento al régimen cubano, y un apoyo tácito a la transformación modernizadora que se vive en los países liberales.

Hasta qué punto el desplazamiento conceptual de la “revolución” configura una de las líneas centrales de la *RI*, y en qué medida la lucha por la definición semántica de la palabra termina en victoria, son aspectos perceptibles en el segundo número especial dedicado a Cuba: *Proyección internacional de las letras cubanas*, aparecido en 1991. Hace seis años que ha muerto Rodríguez Monegal. Sin embargo, su recorte tiene plena vigencia: el número está dedicado a Lezama Lima, Carpentier, Cabrera Infante, Sarduy y Arenas. La revista sigue justificando la selección mediante la revolución estética (los críticos destacan en aquellos autores la innovación); pero, llamativamente, ese sentido carece ahora de dimensión polémica. Quedan, desde luego, ecos de la lucha que emprendiera Rodríguez Monegal, pero ésta no conmueve la seguridad estética del presente: o bien la guerra está en el pasado, o bien reaparece en un tipo de denuncia que no pone en juego el valor intrínseco del texto. La primera opción la toman Montero, Chiampi y González Echeverría en sus trabajos sobre Lezama Lima y Carpentier. Recuerdan, cada uno a su modo, las vicisitudes que ambos escritores vivieron al enfrentarse al clima intelectual y político de la revolución; pero esos problemas ahora están reconstruidos inequívocamente desde un presente que no necesita defender su criterio estético ni su metodología de trabajo. Adoptan la segunda opción los textos de Soto y Valero sobre Arenas. La denuncia explícita se resuelve en una diatriba contra la persecución de los homosexuales y la situación opresiva de un régimen tiránico; ya no es la defensa de una poética excelente que no puede florecer en Cuba.

En conjunto, el número propone entonces que esos escritores estaban generando una revolución literaria que ahora se reconoce porque es la que ha definido la literatura del presente. Rodríguez Monegal hablaba en nombre de una

estética que Cuba asfixiaba, mientras que hacia el fin de siglo ésta es una de las tantas prácticas sensibles a los vaivenes del poder. Significativas son las diatribas violentas contra la Revolución que se hacen a través de Arenas: allí se escribe en nombre de la diferencia y la libertad de elección, no en nombre de una definición de literatura. Al ganar la partida, la revolución artística se cristaliza. El concepto, propuesto polémicamente en los '60 y estabilizado en los '90, traza uno de los arcos principales dentro de la gestión de Roggiano. En esa trayectoria se dibuja su paradoja: se trata de una revolución que no quiere cambiar las estructuras y aspiraciones que la revista se había propuesto desde su fundación, sino que, por el contrario, intenta asentarlas. Porque en último término el concepto sirve para amoldar el internacionalismo, el vínculo con los Estados Unidos y la defensa de la especificidad intelectual a la modernización de la segunda mitad de siglo.

Conclusión

Para concluir, quisiera volver a los dos momentos a los que me referí en este trabajo. El primero se centró en la influencia de Henríquez Ureña en la publicación; el segundo lo hizo en la transformación crítica que impulsó Rodríguez Monegal. Entre ambos puede trazarse una línea que, aunque parcial dentro del pluralismo de la publicación, se despliega coherentemente a lo largo de su trayectoria.

Durante sus dos épocas, la revista avanza como una publicación dedicada a la cultura hispanoamericana. Para hacerlo, evita la expresión de una única línea ideológica y elabora en cambio un marco de debate, a través de al menos tres vectores: el vínculo con los Estados Unidos, el perfil académico y el interés en la cultura y la literatura latinoamericana-

nas. Los cambios que van de una época a otra tienden a ratificar ese marco y a perfilar el ideal “A la fraternidad por la cultura” de acuerdo con la cambiante realidad política e intelectual del siglo XX.

En los '40, la cultura aparece como posibilidad única de unión entre los pueblos de las Américas; es una suerte de patria utópica de igualdad y diálogo. Siguiendo su perfil académico, la revista fomenta la multiplicación de las tribunas universitarias y literarias en América Latina, mientras que el vínculo con los Estados Unidos la lleva a presentar la independencia cultural como un modo de acceder al diálogo internacional e igualitario del pensamiento y la literatura antes que como un aislamiento defensivo. Al renovarse en los '60, continúa esta perspectiva internacionalista. Por cierto que la revolución estética de Rodríguez Monegal permite leer la nueva literatura e incorporar esquemas críticos como los lacanianos y post-lacanianos, interesados también en la descentralización y la revolución poética; pero la revolución no cambia el marco de debate de la revista, sino que más bien lo amolda a la nueva realidad latinoamericana.

Así puede leerse la contrapartida política que Rodríguez Monegal elige para la revolución literaria. Con la disolución del esquema centro/periferia y la caída de los sistemas ideológicos el mundo parece romper las trabas que todavía impedían el diálogo igualitario que la revista se había propuesto fomentar en nombre de la cultura. De este modo, las nuevas posibilidades del internacionalismo y la llegada a tiempo de la madurez cultural de América Latina hacen palpables los viejos anhelos de los fundadores. Pero ahora que son tan palpables, se muestran también más parciales. La identidad cultural, propuesta en el contexto de aquellos cambios políticos, y el estímulo de las formaciones e instituciones intelectuales,

planteado a través del impulso de la modernización de los estilos, la autonomía y la profesionalización, son dos aspectos con los que Rodríguez Monegal reescribe la fraternidad por la cultura, pero enfrentándola ahora a la alternativa antiimperialista y antiintelectualista cubana. De este modo, permanece el marco de debate que ya era visible en el editorial de Jiménez Rueda a la muerte de Henríquez Ureña; pero la revolución que propicia para mantener el vínculo norteamericano, el perfil académico y el interés hispanoamericanista lo lleva a capitanear una guerra de posiciones contra el partido cubano para ganarle la hegemonía de la literatura y la crítica. Es ese enfrentamiento el que le otorga sentido a la especialización literaria de la etapa de Roggiano.

La revolución, que paradójicamente no cambia las estructuras de la revista, entra en su etapa termidoriana con el segundo número especial sobre Cuba de 1991. En ese año en que moriría Alfredo Roggiano el sentido estético de revolución está asentado como forma de evaluar y seleccionar tradiciones. Pero la consolidación del significado pareciera marcar a la vez el fin de la cuestión sobre la literatura y la crítica. Los textos sobre Arenas anticipan una nueva etapa para la revista y el latinoamericanismo, aquélla en que la literatura y la crítica, antes centros de atención en tanto objetos en pugna para la política intelectual, se opacan bajo el brillo de los problemas de la identidad, el multiculturalismo y los estudios culturales. La “etapa termidoriana” viene a marcar entonces que en la guerra literaria ha ganado la posición que supo defender Rodríguez Monegal, y también que es gracias a la disolución política de la literatura y la crítica que los nuevos objetos y las nuevas metodologías de fin de siglo se imponen.

Notas

- ¹ . Mabel Moraña es la Directora de Publicaciones desde 1996 y Gerald Martin es el Presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana desde 2000. En lo que sigue, se emplearán las siglas *RI* para la *Revista Iberoamericana* e *ILLI* para el Instituto.
- ² . Torres-Rioseco fue un colaborador asiduo y co-dirigió la revista entre 1951 y 1955.
- ³ . Se pueden citar la colección *Clásicos de América*; también los textos dedicados a público anglosajón (*An outline history of spanish american literature* (1942) y *An anthology of spanish american literature* (1946)). Asimismo, las páginas publicitarias de la primera época están casi exclusivamente ocupadas por editoriales norteamericanas y gran parte de los textos ofrecidos se dirigen a compradores del mismo país.
- ⁴ . De todos modos, es de destacar que por parte de Henríquez Ureña no hay una única propuesta sobre los Estados Unidos. Por lo que puede deducirse de la antología de Rama y Gutiérrez Girardot, *La utopía de América*, en general el crítico tiende a rescatar los valores culturales y morales existentes en el pueblo norteamericano, rechazando con vehemencia la política imperialista de su Estado.
- ⁵ . Henríquez Ureña 1978: 330.
- ⁶ . Sin embargo, Martin (505-512) señala la existencia de una línea ideológica en ese sentido.
- ⁷ . Rodríguez Monegal fue miembro del Comité Editorial de la *RI* desde 1969. Asimismo, cabe destacar que el crítico uruguayo permite reconstruir algunas relaciones indirectas de la revista con otros medios. Antes de ocupar su puesto en la *RI*, Rodríguez Monegal había dado vida, como director, a un proyecto igualmente internacionalista, pero reciente y mucho más escandaloso: *Mundo Nuevo*. La funda en 1966 y se despide de ella en 1968, en parte porque como expone Mudrovic, fue rápida y enérgicamente cuestionada por sus vínculos con las políticas norteamericanas y su rechazo a la revolución cubana.

Bibliografía

- Castro, Américo (1940). "Sobre la relación entre ambas Américas", *RI*, 3, abril: 25-34.

- Chiampi, Irlemar (1991). "Sobre la lectura interrumpida de *Paradiso*", *RI*, 154, enero-marzo: 65-76.
- González Echeverría, Roberto (1991). "Últimos viajes del peregrino", *RI*, 154, enero-marzo: 119-134.
- Henríquez Ureña, Pedro (1978). *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- (1964) [1949]. *Las corrientes literarias en la América Hispana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jiménez Rueda, Julio (1946). "América pierde dos de sus grandes figuras intelectuales", *RI*, 21, junio: 9-13.
- López Rey (1946). "Un siglo de pensamiento iberoamericano", *RI*, 21, junio: 105-108.
- Martin, Gerald (2002). "El IILI y la *RI*: breve relato de una ya larga historia", *RI*, 200, julio-septiembre: 503-517.
- Montero, Oscar (1991). "El "compromiso" del escritor cubano en 1959 y la *Corona de frutas* de Lezama", *RI*, 154, enero-marzo: 33-42.
- Mudrovic, María Eugenia (1997). *Mundo Nuevo. Cultura y Guerra Fría en la década del '60*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Rodríguez Monegal, Emir (1971). "Una escritura revolucionaria", *RI*, 76-77, julio-diciembre: 497-506.
- (1975). "Literatura, cine, revolución", *RI*, 92-93, julio-diciembre: 579-591.
- Roggiano, Alfredo (2002) [1984]. "La *RI*", *RI*, 200, julio-septiembre: 837-840.
- Soto, Francisco (1991). "*Celestino antes del alba*: escritura subversiva/sexualidad transgresiva", *RI*, 154, enero-marzo: 345-354.
- Torres-Rioseco, Arturo (1939). "Consideraciones acerca del pensamiento hispanoamericano", *RI*, 2, julio-septiembre.
- Valero, Roberto (1991). "*Otra vez el mar* de Reinaldo Arenas", *RI*, 154, enero-marzo: 355-363.